

ala delta

Seve CALLEJA

**ISU, EL TIBURÓN
DESDENTADO**



Pototo, un chico retraído y solitario, conoce a Isu, un marrajo desdentado. No podrá mantener en secreto tan peculiar amistad y sus compañeros querrán tomar parte en ella. Juntos, se encargarán de cuidar del gran pez y formarán una pandilla cuyo nombre presagia una gran aventura: «Los Corsarios».

Seve Calleja –Premio Ignacio Aldecoa de cuentos– es un experto narrador que contacta fácilmente con el joven lector. Con gran delicadeza y maestría se adentra en la psicología de sus personajes, y crea un retrato fiel y complejo de sus emociones.

A Antón, Aránzazu y Guillermo.

Índice de contenido

Cubierta

Isu, el tiburón desdentado

ISU y Pototo se conocieron por casualidad un atardecer del mes de julio, en el acantilado, más allá del barrio de pescadores.

Pototo tenía la costumbre de sentarse agarrado a su caña de pescar casi todas las tardes de verano. Él decía que porque el mar era su vocación, pero en el fondo se trataba de que se veía bastante torpón para jugar al fútbol en la playa todo el santo día. A sus amigos no les gustaba más que eso, aparte de comer helados y silbar a las chicas que daban vueltas por la plazoleta. A él esas cosas no le resultaban demasiado entretenidas. Además de que, si había alguna chica delante, los otros enseguida se ponían a gastarle bromas por su cuerpo gordinflón. Así que cada vez que se enfadaba se iba al acantilado. Era un lugar tranquilo, donde sólo se oía el chasquido del agua contra las rocas. Allí conoció a Isu.

Isu era un marrajo de casi metro y medio.

Atraído por los reflejos del sol en el agua, se atrevía a acercarse a la orilla por las tardes. Y como le gustaba tanto despedazar entre sus más de setenta dientes todo lo que flotaba, había terminado por destrozárselos. Mordía latas oxidadas, tablas viejas, botellas de lejía y todo lo que el mar solía arrojar contra las rocas. Pero, sobre todo, Isu era un goloso empedernido. Entre la espuma amarillenta que quedaba estancada flotaba siempre alguna envoltura de helado o de caramelo. Los que se bañaban dejaban en el agua rastros de crema bronceadora, que luego la co-

rriente se encargaba de llevar hacia las rocas. Y todo eso lo volvía loco a Isu. Hasta que, de tanta golosina, acabaron por caérsele o llenársele de caries tres o cuatro filas de dientes, sin dar tiempo a que le crecieran otras nuevas.



Hacía tiempo que Isu había dejado de ser un tiburón peligroso. Ya ni siquiera era capaz de despedazar un triste chicharro. Ahora tenía que conformarse con las pequeñas

algas de la costa, o con los restos de carnada y bienme-sabe que desaprovechaban los marineros, o con la miga del pan que los niños tiraban en cuanto se cansaban de la merienda. El pan con sabor a chocolate o a margarina era el bocado más apetitoso para Isu.

El pequeño tiburón, seguramente, se había alejado sin querer de una familia de temibles cazadores de alta mar. De pronto se había convertido en este vagabundo costero, obligado a seguir una dieta básicamente vegetariana. Y, sin embargo, no había perdido su carácter alegre y desenfadado. Seguían estusiasmándolo los destellos que la puesta de sol dibujaba en el agua, los de los focos de los barcos atracados en el puerto, y el centelleo del faro rojo que giraba toda la noche en el acantilado. Aquellos reflejos debían de parecerle los de una feria de tiovivos, que echaba a andar justo a la hora en que Pototo tenía la costumbre de ponerse a pescar.

La primera vez que lo vio, Pototo se llevó un susto de muerte. Retiró inmediatamente su caña y estuvo a punto de salir corriendo para avisar a los de la pandilla. Pero pensó que si acudía gritando: «¡Un tiburón!, ¡un tiburón!», a alguno se le ocurriría contestar: «Como tú de glotón». Siempre le gastaban bromas de ese estilo. Así que prefirió no decir nada a nadie. Y en cuanto se le pasó el susto, volvió a su roca de siempre. Se había dicho: «Los tiburones no tienen la manía de dar brincos como los delfines». Además le picaba la curiosidad. Podía haber sido un espejismo. Pero no. El tiburón seguía aún allí, asomando la cabeza para coger algas. Tenía un aspecto gracioso, con aquella nariz de remolacha y aquellos ojos diminutos, que parecían gafitas graduadas. Pero, sobre todo, lo que lo hacía simpático era su boca desdentada. A Pototo le recordaba su propia cara de cuando se le habían caído los

dientes. ¡Qué distinto era aquel tiburón de los que venían en los libros!

–Hola –le dijo el chico, como si aquel pez hubiera dejado de ser un tiburón. Y hasta se atrevió a bajar un poco más, sin preocuparse por las salpicaduras de las olas.

Comprendió que era un marrajo de corta edad, una cría de tiburón que andaba despistada. Quizás se ganara su confianza arrojándole los tres panchitos que había pescado.



Comprobó que los masticaba con dificultad, y que hasta se atragantaba con tan poca cosa. «¿Cómo va comer hombres si es incapaz de masticar un panchito?», pensó.

El chico permaneció en las rocas hasta que anocheció y no hubo ya más claridad que la de las farolas del puerto reverberando en el agua.

–Si me prometes estar mañana aquí te traeré algo de comer –le dijo, como si el marrajo pudiera entender su idioma. Antes de irse sintió ganas de alargar la mano hasta acariciarle el hocico. Isu asomaba la cabeza todo lo que podía y sacudía su aleta sin cesar. Parecía un perro contento moviendo el rabo.

Con qué satisfacción se alejaba Pototo. Se moría de ganas de contarle en su casa y, al día siguiente, a los demás de la cuadrilla. Pero, pensándolo mejor, llegó a la conclusión de que, una de dos: o se burlarían de él y no le creerían, o les faltaría tiempo para ir a comprobarlo. Y en ese caso se acabaría el secreto, y hasta era posible que el tiburón se asustara y no volviera a aparecer por allí.

«No se lo diré a nadie. ¿Y si a alguien se le ocurre capturarlo y hacer con él sopa y cosas así? ¡Ni hablar!».

En cuanto llegó a casa fue a mirar en la enciclopedia del salón. Primero buscó en *Peces*, en el tomo de Zoología. Había dos láminas: una de peces de agua dulce y otra de peces de mar. Pero el tiburón que aparecía era insignificante. Después buscó en *Tiburón*. No decía casi nada, y añadía: «ver *Peces*». «¡Qué fastidio!», pensó Pototo. Al día siguiente iría a la biblioteca, que abría de nueve a dos. Seguro que allí encontraría infinidad de datos y fotografías.

Normalmente, en vacaciones, Pototo se levantaba a las diez o diez y media. Pero ese día había madrugado más que una mañana de curso.

–¿Te ha mordido un cangrejo? –le preguntó su madre al entrar en la cocina, todavía en camisón, y verlo ya peinado.

–Es que hoy tengo mucho que hacer. Voy a la biblioteca.

Su madre bostezó y no supo qué pensar.

Entre tantos volúmenes, Pototo encontró uno gordísimo dedicado sólo a hablar de peces. ¡Allí estaba! Había recorrido por lo menos cinco páginas llenas de tiburones. Le hacían gracia los nombres que tenían: *angelote*, *pintarrojo*, *negrito*, *pinchudo*... «Qué divertidos. El mío puede llamarse *desdentado*». Pero no, no había ninguno con ese nombre. Fue estudiándolos minuciosamente. El suyo sólo podía ser un *tintorero*, un *jarretón* o un *marrajo*. ¡Eso es, un marrajo! Y leía y leía, tratando de familiarizarse con la especie. Y de tanto leer se le llenó de dudas la cabeza. Ya no estaba seguro de que fuera un marrajo, porque el libro decía que era muy peligroso, mientras que esos de nombre gracioso, y los costeros, como el *tigre*, eran inofensivos. Le faltó el canto de un duro para acudir al bibliotecario. Y seguro que en vez de sacarle de dudas empezaría a hacerle toda clase de preguntas: que cómo le daba así por el estudio, que si hacía colección, y cosas parecidas. El bibliotecario tenía fama de entrometido. «¡Qué puede saber él de tiburones!».



Aguantó hasta las once, y salió convencido de que el suyo era sin duda un marrajo, un marrajo desdentado que no podía ser peligroso. Y le puso de nombre Isu. Porque el librote aquel decía *Isurus* no sé qué, un nombre demasiado complicado. «Isu es más familiar tratándose de un conocido», pensó Pototo, que en realidad tampoco se llamaba Pototo. Se llamaba Carlos Mari; lo de Pototo se de-

bía a que estaba un poco gordo. En fin, que Isu y Pototo eran ya como amigos. Y más ahora, que el chico se sabía de memoria la vida y milagros de los tiburones.

Fue corriendo a las rocas. Quería saber si el marrajo estaba allí esperándolo.

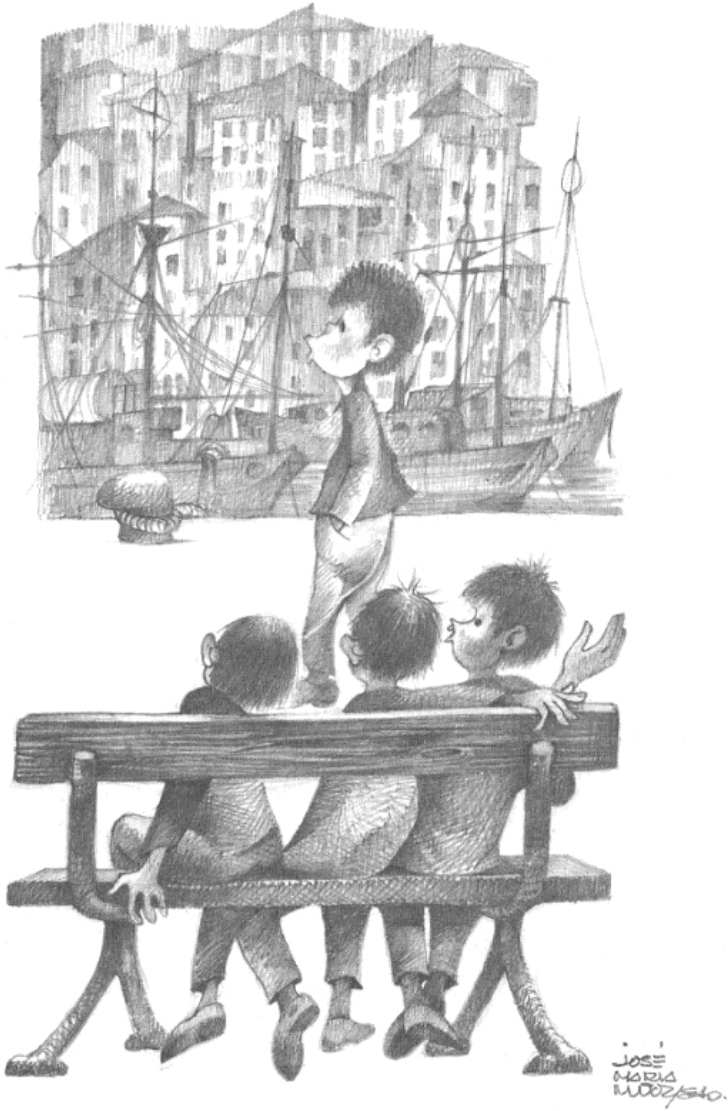
A esas horas había marea alta. Miró por todas partes gritando: «¡Isu! ¡Isu!», pero no vio al marrajo desdentado. ¿Y si se había marchado para siempre? Los vagabundos, aunque sean tiburones, van de un lado a otro. A lo mejor se lo habían llevado sus padres. A lo mejor ya no se acordaba de él. No debería uno fiarse de estos bichos. Qué fastidio... Pototo se sentía decepcionado. Su madrugón no iba a servir para nada. Y ahora, cuando lo contara a la cuadrilla, nadie le creería. «¡Qué fastidio!», pensó.

Deseaba no volver a acordarse de Isu, pero no conseguía quitárselo de la cabeza: «Que se amuele. No podrá masticar peces grandes, se atragantará. Pero... ¿y si lo han capturado?». Se estremeció de pronto. Pototo sabía que los barcos de bajura tenían la costumbre de ponerse a pescar por las noches cerca de la costa. Corrió al mercado. Pasó frente a cada uno de los puestos de pescado. Se asomó a la lonja de la cofradía, husmeó entre los carros y las furgonetas. La idea de encontrar al marrajo entre las capturas del día anterior lo angustiaba. Como un adiestrado marinero, trató de sonsacar lo que fuera a algunos pescadores: «¿Qué tal ha ido la cosa esta noche?», o «¿Mucha anchoa?», pero sin atreverse a preguntar si habían visto un tiburón desdentado. Le contestaban: «¡Bah!», o «No ha sido mala», o «Vamos tirando». Los marineros, acostumbrados al silencio de la mar, suelen hablar así con los chicos y con todo el mundo. Esto cuando no les da por irse por las ramas y responder: «¿Te gusta el oficio, chaval?», o dar una mala contestación, o no decir ni mu.

Ese día, Pototo no probó bocado a la hora de comer. Y su madre, que aún estaba extrañada de haberlo visto madrugar, no sabía qué pensar. Ya lo había comentado con

su marido a solas, y habían acabado diciendo: «Cosas de críos». Sin más.

Por la tarde, Pototo tampoco quiso saber nada de la cuadrilla. Cuando, a primera hora, lo vieron cruzar por la plaza, le preguntaron: «¿Adónde vas, Pototo?». Y dijo que a pescar.



—¿A pescar sin aparejos?

—Llevo sedal y anzuelos en el bolsillo, por si no lo sabéis.

Se acurrucó entre las rocas viendo bajar la marea y no perdió de vista el agua de la orilla. Estaba tan disgustado que le parecía que las olas le gastaban bromas y se burlaban de él diciéndole cosas como: